

La transición pacífica que no tuvo lugar (1954-1956)*

Somos un pueblo desconcertante. Amamos la democracia, la soberanía, la libertad, y sin embargo hemos actuado como si todo eso nos importase un comino. Todos queremos la democracia, pero nos falta, en cambio, la voluntad para hacer por ella, todos los días, el trabajo menudo que exige su conservación. Nos acordamos de la democracia, como de Santa Bárbara, cuando truena poderosamente sobre ella.

FRANCISCO ICHASO

Bohemia, 17 abril 1955

Marifeli Pérez-Stable

EN LA MADRUGADA DEL 10 DE MARZO DE 1952 EL GENERAL Fulgencio Batista dió un golpe de Estado contra el gobierno auténtico de Carlos Prío Socarrás. Dos horas y dieciséis minutos después toda Cuba parecía estar bajo control militar; por un instante el depuesto presidente consideró la posibilidad de actuar en defensa de su mandato constitucional, pero desistió y decidió exiliarse. Casi siete años más tarde, en la víspera del Año Nuevo, Batista y sus más estrechos colaboradores siguieron los pasos de Prío cuando la desaparición del batistato se hizo inminente. Después de 1956, Fidel Castro, el Movimiento 26 de julio y el Ejército Rebelde consiguieron poner fin a la dictadura con rapidez. El hecho de que los fidelistas acertaran donde la oposición moderada había fracasado determinó, sin duda alguna, la consiguiente radicalización de la revolución: la victoria del 1º de enero de 1959 fue, en gran medida, obra suya, como lo sería también la nueva Cuba que estaban decididos a construir.

* Este ensayo fue ganador en 1998 del premio por el centenario de Carlos Márquez Sterling, patrocinado por el Cuban Research Institute de la Florida International University y el Republic Bank de Miami.

Por qué Cuba no experimentó una transición pacífica hacia la democracia a partir del régimen de Batista constituye un tema olvidado en el campo de los estudios cubanos. Sin embargo, solo hacia finales de 1956 se produjo en la isla una situación revolucionaria que no tardó en desembocar en el escenario del 1º de enero: la crucial transferencia de poder de Batista a la oposición armada. Entre 1952 y 1956 los rumores de un levantamiento resonaban en el ambiente político y, de hecho, tuvieron lugar algunas acciones violentas. A lo largo de todos estos años, tanto la oposición como el gobierno interactuaron como si fuera inevitable el restablecimiento del gobierno constitucional, independientemente de los medios y el programa empleados. Pero en los primeros años del batistato, la oposición consumía sus dispersas energías en proyectar cómo conseguirían dicha restauración, mientras Batista y sus aliados se empeñaban en retrasarla o amañarla a su favor.

Las elecciones, como era habitual, se habían programado para el 1º de junio de 1952. El candidato Batista, con un lejano tercer puesto detrás del ortodoxo Roberto Agramonte y del Auténtico Carlos Hevia, vio en el golpe de Estado la forma de alcanzar por la fuerza de las armas lo que la voluntad popular seguramente le negaría en las urnas. Pero ocho años de gobiernos auténticos cada vez más caóticos y corruptos prestaban credibilidad a su afirmación de que con el golpe conseguiría restaurar el orden y revivir la confianza popular, para luego convocar nuevas elecciones. Poco después del golpe anticonstitucional, el propio Batista prometió convocar a elecciones cuanto antes. En un inicio fueron programadas para 1953, pero no tuvieron lugar hasta el 1 de noviembre de 1954, en condiciones que no merecían ninguna confianza: hubo fraudes en los registros de votantes; Batista se presentó como candidato único después de que Ramón Grau San Martín se retirara de la campaña; funcionarios estatales fueron intimidados para que se registraran en el oficialista Partido Acción Progresista; policías armados vigilaron las urnas el día de la votación; las emisiones de tres prominentes comentaristas de radio (José Pardo Llada, Luis Conte Agüero y Armando García Sifredo) fueron prohibidas diez días antes de las elecciones. Resultaba evidente la flagrante decisión de Batista de permanecer en el poder. El 1 de noviembre, el general fue «elegido» por mayoría abrumadora; uno de cada seis votos registraba una preferencia por el no-candidato Grau, y dieciocho auténticos obtuvieron escaños en el Senado. El 24 de febrero de 1955, Batista prestó juramento para un mandato de cuatro años y la Constitución de 1940 quedó parcialmente restaurada.

A pesar de que la oposición negaba la legitimidad de estas elecciones e insistía en que únicamente un proceso libre y abierto habría proporcionado una solución nacional, la mayoría coincidía en que la situación que se produjo tras la toma presidencial brindaba nuevas oportunidades al diálogo. Tres demandas predominaban en el discurso público: que se declarase una amnistía política incondicional, se restablecieran las plenas garantías constitucionales y se permitiera el regreso de todos los exiliados. En mayo de 1955 el régimen concedió dos de ellas —amnistía política y seguridad para los exiliados

que quisieran regresar—, pero no se manifestó sobre las garantías constitucionales. Por su parte, la oposición moderada en sus negociaciones con el Gobierno, hacía hincapié en éstas y en la celebración de nuevas elecciones. La farsa electoral de noviembre de 1954 abrió las puertas a un pacto entre el régimen batistiano y la oposición política sobre el regreso de Cuba a lo que los actores de la época denominaron la normalidad institucional. A lo largo de 1955 y principios de 1956, dicho pacto se vislumbraba posible y, sin embargo, a finales de ese año la oportunidad se perdería irremediablemente. ¿Cuál fue la dinámica de esta abortada transición pacífica hacia la democracia en la Cuba de Batista? ¿Por qué fracasó?

I. EL GOLPE DEL 10 DE MARZO DE 1952 Y LA RESPUESTA DE LA OPOSICIÓN MODERADA

Fulgencio Batista fue una figura política compleja: de sólidas raíces militares, poseía un buen olfato para la opinión pública, si bien no siempre le gustaba lo que percibía, como ocurrió durante la campaña presidencial de 1952. Su historial durante los años treinta puede describirse en parte como populismo militar; en la década siguiente se hizo de una imagen democrática al convocar a la Asamblea Constituyente de 1940 y ceder el mando presidencial a Grau, el candidato de la coalición opositora en 1944. Pocos días después del golpe, cuando se le preguntó si había instaurado una dictadura, respondió: «El pueblo y yo somos los dictadores»; y en noviembre de 1955, para subrayar algunos de los temas de su nuevo mandato, declaró:

El 10 de marzo de 1952 se hizo una revolución. Se ha hablado mucho, politiqueramente, de las condiciones y de las calidades morales de nuestro pueblo. Nadie podrá negar esa calidad y esa esencia, porque nosotros, más que esos politiqueros ambiciosos, las conocemos desde abajo. ¿Qué ciudadano protestó de la caída de los defraudadores que hundían al país en los vicios y en las inmoralidades? ¡Ni un solo ciudadano!

Tan culpable de chanchullos y corrupción en los cincuenta y durante su anterior mandato como los auténticos durante el propio, el general, no obstante, secomplacía en proclamar sus raíces: se había alzado desde las filas del cubano común y corriente que no era tan blanco ni tan de clase media como la mayoría de sus opositores. De hecho, gran parte de la ciudadanía había acogido el golpe de Estado con un cierto alivio, si bien lamentaba la suspensión de las garantías constitucionales. Una de las primeras medidas tomadas por Batista fue subir el salario base de los soldados rasos, una concesión de lógica si tenemos en cuenta sus raíces militares; sin embargo, hizo lo mismo con los maestros. A lo largo de la década del cincuenta, su trato con la clase trabajadora organizada fue siempre muy cuidadoso y protegió muchos de sus logros incluso frente al creciente clamor de las clases económicas de que cancelara lo que percibían, como los excesos de finales de los treinta y los cuarenta. Lo cierto es que, aunque sin generar el entusiasmo de Perón, Batista

logró rodearse de un aura peronista. Su esposa, Marta Fernández, imitaba a Evita: se vestía elegantemente y cuidaba de los necesitados, y en ciertos ámbitos se la conocía como «Marta del pueblo, Marta de los pobres».

Es cierto que el Batista de los cincuenta había perdido gran parte de la sagacidad que lo había caracterizado como una figura compleja. Para entonces se había acostumbrado a la buena vida y se dedicaba diligentemente a amasar una fortuna aun mayor, mientras se mostraba reticente a invertir su tiempo en las actividades propias de su puesto. Al parecer, los juegos de canasta y las suculentas comidas ocupaban el mismo espacio en su agenda que las exigencias de consolidar y defender su régimen. Algunos aspectos de su gobierno parecen ajustarse a esa categoría de neo-sultán que los científicos sociales han creado para caracterizar cierto tipo de dictador tercermundista. Pero incluso durante esta década, no se comportó como un patriarca normal y corriente, pues su neo-sultanismo resultó mucho menos consolidado, no tan «institucionalizado», y menos duradero que los de Somoza en Nicaragua, Porfirio Díaz en México y el Sha en Irán. Los aspectos más notorios del batistato —en represión y neo-sultanismo— se agudizaron más a partir de 1956, hacia finales del período que constituye el tema del presente ensayo. En las debidas circunstancias, Batista bien habría podido echar pie a tierra (o haberse visto obligado a hacerlo) y responder a los acontecimientos con una perspectiva histórica de futuro, tal y como había hecho a finales de los treinta.

El madrugonazo del 10 de marzo sorprendió a una nación que se encontraba a punto de celebrar una campaña electoral. Ortodoxos y auténticos se disputaban la presidencia, los seis cargos de gobernador de provincias, 54 escaños en el Senado y 70 en la Cámara de Representantes; y aunque Agramonte iba a la cabeza, no se descartaba que Hevia lo desbancara. Se trataba en ambos casos de hombres decentes e incorruptos, aunque ninguno era muy popular. Agramonte se amparaba en el prestigio del fundador del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), Eduardo Chibás, quien hubiera representado a su partido en las elecciones de no haber tenido tan buena puntería aquel 5 de agosto de 1951. Hevia, sin embargo, contaba con la maquinaria del partido auténtico, una contribución de Prío a la política cubana que nunca se ha reconocido, y existen pruebas de que sus seguidores se aprestaban a movilizar todos los recursos que les ofrecía el poder para la batalla decisiva que tendría lugar el 1 de junio de 1952. El chibasismo no habría conseguido por sí mismo la victoria para Agramonte, pues los ortodoxos carecían de una maquinaria partidista experimentada y eran intransigentes respecto a su independencia política: rehusaban los pactos con otros partidos y afirmaban que el partido por sí solo conseguiría la victoria en las urnas. Un sentimiento «anti-política», como el que caracterizó a algunos sectores de la opinión pública de Europa del Este y América Latina durante los ochenta y los noventa, se apoderó de ellos: defendían el adementamiento de la política cubana y rehuían los pactos con otros partidos que siempre acababan por comprometer algún principio. Auténticos y ortodoxos eran rivales implacables debido en gran medida a que los últimos se habían escindido de los primeros en 1947 y denunciaban sin

cesar los incontables ardidés y chanchullos de los malversadores del mandato de Prío. Así pues, ante el hecho consumado del golpe de Estado de Batista, ninguno de los dos partidos políticos principales se hallaba en situación de generar un frente único contra la dictadura.

La opinión establecida es que en el período que siguió al 10 de marzo de 1952 la sociedad cubana aceptó pasivamente el golpe de Estado. Si bien no estoy preparada en estos momentos para matizar esta afirmación, sí creo que para una mejor comprensión de la dinámica política de principios del batistato sería necesario delinear las diferencias entre la ausencia de un enfrentamiento exitoso a la usurpación del poder por parte de Batista y las dificultades internas que el general hubo de enfrentar a la hora de consolidar su régimen. El madrugonazo consiguió deponer a Prío; por el solo hecho de anunciar que se celebrarían las elecciones lo antes posible, Batista reconocía el carácter provisional de lo que llegó a conocerse como el régimen *de facto*. Dejando a un lado las luchas intestinas, la oposición coincidía en la necesidad urgente de devolver a Cuba la normalidad institucional; pero auténticos y ortodoxos no se ponían de acuerdo en la fórmula correcta para lograrlo. En 1952 Batista se convirtió en el gobernante *de facto* de Cuba, pero deseaba ser otra vez el presidente *de jure*, aunque para ello tuviera que recurrir a unas elecciones amañadas. Desde el principio, el general hubo de enfrentarse a la oposición abierta de los estudiantes, sobre todo los de la Universidad de La Habana, a conspiraciones de varios sectores, y a la amenaza de que cientos de policías y militares que había despedido o trasladado a nuevos puestos manifestaran su descontento poniéndose al lado de la oposición civil. De manera esporádica, la inteligencia militar (SIM) detenía a los líderes de la oposición y los interrogaba, para inmediatamente dejarlos en libertad; Roberto Agramonte, José Pardo Llada, Carlos Hevia, Manuel Antonio de Varona, Rafael García Bárcena y Carlos Márquez Sterling fueron algunos de los detenidos, incluso en más de una ocasión.

Vale la pena resaltar, sin embargo, los métodos de mano blanda que en un principio utilizó el batistato en la represión. Comparada con la brutalidad habitual empleada por Marcos Pérez Jiménez en Venezuela a partir de 1950, Batista parecía entonces un dictador en pañales. El general no deseaba perder totalmente la confianza del pueblo, lo que sin duda alguna ocurriría si recurría a la represión indiscriminada que caracterizó al gobierno de Machado de principios de los treinta (o a su propio mandato a partir de 1956). Por el contrario, él mismo y sus aliados salían en televisión presentando programas sobre la reforma educacional, las mejoras en los servicios sanitarios y la diversificación agrícola, y prometían a los representantes de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) que los logros de la clase trabajadora estaban asegurados.

Mientras el régimen se esforzaba por ganarse a la ciudadanía, auténticos y ortodoxos peleaban entre sí y dentro de sus propias filas. La posición más radical era la del depuesto presidente Prío: «Triunfaré por cualquier medio, incluso el más extremo». Así marcaba la pauta de la oposición al defender la violencia como medio para derrocar a Batista al mismo tiempo que destinaba

sumas considerables a la compra de armas y a los preparativos de una insurrección. La mayor parte de estas operaciones tenían lugar desde los Estados Unidos, lo que no tardó en crearle problemas con las leyes de neutralidad norteamericanas. Simultáneamente, algunos auténticos sugirieron la formación de un frente cívico con los ortodoxos, que se apresuraron a rechazarlo con la excusa de defender su independencia política. Y cuando el líder ortodoxo Emilio Ochoa cuestionó lo atinado de esta posición y se reunió con los auténticos interesados en el diálogo, Agramonte lo desafió a un duelo con espadas. Otros ortodoxos, como Márquez Sterling y Federico Fernández Casas, jugaron con la posibilidad de crear alianzas y desarrollar un movimiento cívico contra Batista. «Los nuevos tiempos exigen nuevas fórmulas», declaró Márquez Sterling en julio de 1952. Pero se dice que por seguir esta política fue víctima de un atentado por sus propios colegas ortodoxos. Fernández Casas terminó siendo expulsado de las filas del partido. En junio de 1953, el Pacto de Montreal reunió a algunos grupos de ortodoxos y auténticos alrededor de un programa encaminado a establecer un gobierno provisional, restaurar el código electoral de 1943 y celebrar elecciones justas y libres. Los montrealistas calificaban al régimen de ilegal y justificaban el uso de la fuerza para derrocarlo.

Desde el mismo marzo de 1952, Cuba esperaba una rebelión. Los auténticos priístas se dedicaban a comprar armas para introducirlas de contrabando en la isla. Aureliano Sánchez Arango, que era un piloto aficionado, realizó no pocos aterrizajes clandestinos en diversas zonas, burlando siempre la seguridad del régimen. A principios de 1953 creció el descontento político y se multiplicaron los rumores sobre conspiraciones. Cinco hombres intentaron incendiar la sede del Tribunal Supremo Electoral, el organismo encargado de administrar las elecciones. Se encontraron pequeños alijos de armamento en diversos lugares. Los enfrentamientos entre los manifestantes de la Universidad de La Habana y la policía dieron lugar al primer estudiante mártir del segundo mandato batistiano, Rubén Batista. De Varona, que había sido presidente del Senado bajo el gobierno de Prío y ahora fungía como jefe del partido auténtico, fue arrestado y amenazado con que se le haría responsable de cualquier violencia que surgiera. En la residencia de Ramón Vasconcelos, periodista prominente y miembro del gabinete del general, pusieron una bomba. Hacia finales de enero Batista declaró que comenzaría a ejercer una «férrea dictadura» sin «garantías ni clemencia para los delincuentes y terroristas». Las elecciones, inicialmente programadas para el 1º de noviembre de 1953, fueron aplazadas hasta el 1º de junio de 1954.

Los enfrentamientos aumentaron. El domingo de resurrección estudiantes armados con cuchillos y pistolas marcharon hacia el campamento de Columbia para incitar a los militares a la revuelta. Sin duda, esperaban reeditar la alianza entre estudiantes y oficiales que se había producido durante la revolución del '33 (si bien en ese caso los acontecimientos se habían desarrollado de manera inversa, pues los estudiantes fueron al campamento a apoyar la sublevación de los sargentos). Rafael García Bárcena y otras 65 personas fueron

arrestadas y juzgadas por la frustrada provocación; García Bárcena fue condenado a dos años en prisión, otros 12 a sentencias de tres a doce meses, y 53 fueron absueltos. A lo largo del mes de abril, los estudiantes de la Universidad de La Habana se manifestaron en contra del régimen y se enfrentaron a la policía; la dirección de la Universidad decidió cerrar sus puertas para evitar más derramamiento de sangre. En mayo, una figura destacada del partido ortodoxo, Pelayo Cuervo Navarro, fue arrestado tras aparecer en *Ante la prensa*, un popular programa de televisión, y declarar que Batista sólo podría ser derrocado por la fuerza de las armas. El Pacto de Montreal parecía seguir el ritmo de una oposición cada vez más fuerte. Fue entonces, el 26 de julio de 1953, cuando un joven ortodoxo y antiguo líder estudiantil, Fidel Castro, encabezó un grupo de 165 jóvenes en el ataque al Cuartel Moncada de Santiago de Cuba. El golpe fracasó, dejó docenas de jóvenes muertos durante el combate o mientras se encontraban bajo custodia policial, y acabó por destruir la «confiada serenidad» del dictador. La Ley 997 sobre Orden Público, considerada en su día una de las más tiránicas de América Latina, fue decretada en agosto; el Tribunal Supremo denegó la demanda de anticonstitucionalidad presentada por el auténtico Ramón Zaydín contra los estatutos provisionales impuestos por Batista, lo que refrendó la usurpación de la Constitución de 1940 por parte del general. Nuevamente quedaron aplazadas las elecciones y esta vez para la fecha en que finalmente serían celebradas: 1º de noviembre de 1954.

II. LAS ELECCIONES DEL 1º DE NOVIEMBRE Y SUS CONSECUENCIAS: LA TRANSICIÓN PACÍFICA QUE NO TUVO LUGAR

A partir de julio de 1953 al ciclo de violencia comenzó a disminuir perceptiblemente. Las manifestaciones estudiantiles adquirieron un carácter rutinario y de baja intensidad; todavía no se había fundado el Directorio Revolucionario. En vísperas de una visita presidencial en junio de 1954, las seis bombas que explotaron en Santiago supusieron un mensaje claro, pero todavía poco frecuente, dirigido a Batista. Con todo descaro, el régimen continuó con el censo de votantes: por cada uno en un partido de la oposición, se registraban siete en las filas oficiales. En abril Sánchez Arango, el peripatético piloto, consiguió escapar de una redada de la policía secreta dejando atrás, inadvertidamente, un portafolios con una relación de los nombres de la mayoría de sus colaboradores conocida como Triple A (Amigos de Aureliano Sánchez Arango). Como es lógico, el SIM utilizó esta información para destruir la extensa red. Los moncadistas habían sido juzgados y condenados a prisión. En mayo el Gobierno revocó la draconiana Ley 997. Algunos ortodoxos intransigentes continuaron defendiendo celosamente la memoria de Chibás: nuevamente Agramonte desafió a un adversario a un duelo por espadas, esta vez al extravagante Aureliano. En una entrevista publicada en un periódico panameño, Sánchez Arango había ridiculizado a Chibás declarando que solo iba en busca de publicidad y que había montado aquella payasada del 5 de agosto de 1951 porque las acusaciones de corrupción levantadas contra él, cuando se encontraba al frente del Ministerio de Educación durante el gobierno de Prío, resultaron falsas.

Finalmente el 1 de noviembre de 1954 el régimen llevó a cabo su farsa electoral. Tres meses antes Batista había dimitido y nombrado a Andrés Domingo Morales del Castillo presidente interino, apenas un tecnicismo para poderse presentar como candidato presidencial. La oposición rechazó de plano la validez de un proceso electoral bajo la supervisión de Batista y sin la concesión previa de plenas garantías constitucionales. El único oponente de Batista era Grau San Martín, jugada que alienaba al ala priísta del partido y a la mayoría de la oposición, que denunció la farsa. Quizá «el viejo» (apodo con que el pueblo identificaba a Grau) buscaba hacerse a la fuerza con el control de la maquinaria del partido mientras Prío, su principal adversario auténtico, se dedicaba a promover la rebelión. Grau retiró su candidatura dos veces: la primera, retornó cuando supuestamente quedó saldada la disputa sobre el censo de votantes; la segunda, no regresó. Las tácticas represivas del régimen eran tan generalizadas que Ernesto de la Fe, ministro de Información y jefe de propaganda anticomunista, denunció el fraude electoral y no tardó en ser expulsado del gabinete. Tal vez Batista había tomado nota de la experiencia de Pérez Jiménez en Venezuela donde su colega, en 1952, había convocado a elecciones libres para formar una asamblea constituyente y los electores habían otorgado una sonada victoria (2 de cada 3 votos) a los partidos de la oposición; Pérez Jiménez anuló los resultados, volvió a contar los votos y declaró la victoria del partido de gobierno. El fraude de Batista fue evidente. Sin embargo, con el general instalado como presidente *de jure* el 24 de febrero de 1955, parecieron surgir unas ligeras posibilidades de diálogo.

¿Qué fue lo que cambió? En realidad, casi nada en lo que se refiere a la legitimidad del régimen: las elecciones fraudulentas no lo absolvían de la usurpación que había llevado a cabo el 10 de marzo de 1952. Habían cambiado, sin embargo, las formas, y es justamente ahí donde emergían las oportunidades. Ahora Batista tenía ante sí un mandato de cuatro años, al final del cual otros candidatos podrían disputarse la presidencia, por cuanto la Constitución prohibía la reelección. Disuelto en 1952 tras el golpe, el Congreso abrió nuevamente sus puertas, con una minoría de auténticos como núcleo opositor dentro de las instituciones batistianas. El nuevo gabinete gubernamental agrupaba a hombres que se creía estaban a favor de cierta forma de diálogo; a algunos, como Carlos Saladrigas («ciudadano civil y constructivo por excelencia») y Raúl Menocal («dotes de caballerosidad y decencia»), se les conocía como funcionarios honorables y honrados. Tanto Batista como Rafael Guás Inclán pronunciaron discursos conciliadores cuando fueron investidos, el primero como presidente de la República y el segundo como presidente del Senado. Los tanquistas o intransigentes parecían retirarse. ¿Se decidiría el batistato a hacer honor a sus formas y palabras con actos conciliadores?

La oposición tenía razones más que suficientes para desconfiar de Batista: el general no había actuado de buena fe cuando encabezó el madrugonazo ni durante las elecciones del 1954. Pero la estrategia de devolver al país a la vía constitucional por medio de una insurrección había fracasado. Si no era posible la lucha armada, entonces la política y lo que el ortodoxo Márquez Sterling

llamaba la lucha cívica, «un movimiento de masas enderezado a sustanciosas e imperiosas reivindicaciones públicas», constituían las únicas alternativas posibles. Renunciar a la violencia como medio para combatir a la dictadura pasó entonces a ser la bandera de aquellos opositores que deseaban, si bien con gran cautela, responder con la misma moneda a las nuevas formas del régimen. Tras la investidura de Batista como presidente, Don Cosme de la Torriente, un coronel del Ejército Libertador y funcionario público por el partido conservador al principio de la república, encabezando un grupo de treinta y cinco auténticos y ortodoxos, publicó un documento en el que repudiaba los medios violentos:

El problema cubano ha de plantearse en paridad de dignidad, de honor y de valor cívico. Mientras un grupo pretenda administrar los intereses de la mayoría y mandar —no gobernar— seguiremos sin paz; el ambiente de paz es necesario para resolver la angustiosa crisis nacional.

El conocido intelectual y activista político Jorge Mañach llamó al momento «la hora grande», argumentando que la oposición debía encontrar soluciones viables, aunque tomaran tiempo y el resultado no fuera tan radical:

Esa solución solo podría consistir en que ambas partes cedieran razonablemente de su absolutismo: en que las oposiciones no persigan una anulación imposible de los hechos, ni el régimen se aproveche de ellos para asegurarse a su favor todo el futuro político.

Francisco Ichaso, distinguido periodista e intelectual, subrayó dos de los temas que unían a la oposición —la amnistía y los exiliados— y añadió un comentario sobre la cultura política de los cubanos:

Mientras haya presos y exiliados por motivos políticos no habrá ambiente de paz ni podremos decir que se ha recuperado la normalidad. Hay que ir —e ir cuanto antes— a una situación en que los cubanos de ideología distinta, de conducta en contraste o de partidos antagónicos se miren como adversarios levantados y no como fieras que mutuamente se aperciben para caer sobre su presa.

Ciertamente ocurrían cambios sutiles dentro del bando de la oposición; cambios que fueron denunciados por José Antonio Echevarría, conocido líder estudiantil, que se negaba a renunciar a la violencia:

El estudiantado y la juventud han quedado en este momento solos en este camino. La claudicación y la inercia de las llamadas clases dirigentes del país, han colocado sobre nuestros hombros un peso, con el que, sin embargo, no nos sentimos abrumados. Tenemos fe en que la unión del estudiantado y la juventud con las clases obreras, campesinas y profesionales, logrará plasmar los ideales revolucionarios, que constituyen la esencia misma de nuestra nacionalidad.

El fin de semana que coincidía con el Día de las Madres, el Gobierno decretó la amnistía política; poco después, concedió garantías para el regreso de todos los exiliados. Sin duda, Castro era el prisionero político más conocido: el asalto al Moncada había dejado una huella profunda en la imaginación ciudadana. Tras su puesta en libertad, el joven Castro declaró: «No somos perturbadores de oficio. Las grandes reformas políticas, sociales y económicas son lo fundamental. Cuba necesita políticos decentes». Y cuando le preguntaron sobre el Moncada, replicó: «Algún día se hará la historia del Moncada», y expresó su voluntad de cambiar de tácticas, aunque nunca «en virtud de un compromiso con los que detentan el poder a espaldas de pueblo». Todavía presentándose como ortodoxo, Castro pedía la «unión de todas las fuerzas morales del país bajo el pensamiento chibasista». Carlos Prío, el más famoso de los exiliados, no había ocultado nunca su compromiso de derrocar a Batista por cualquier medio; sin embargo, su respuesta a la amnistía política señalaba que estaba abierto a otras alternativas:

Este debe ser un día de júbilo en Cuba y sería mezquino turbarlo con manifestaciones de intransigencia o de arrogancia. Dije hace poco más de un mes que la amnistía podría y debería constituir el primer paso para el restablecimiento de la paz moral en nuestra patria y quiero ahora consignar sin reservas mi satisfacción por el hecho de que ese primer paso se haya dado.

Castro y Prío representaban los dos polos del posible levantamiento: por un lado, la generación del centenario, denominada así porque su surgimiento coincidió con el centenario del nacimiento de José Martí en 1853; por el otro, los revolucionarios de 1933, ya maduros y con experiencia de gobierno, pero con el recuerdo vivo de sus antiguos ideales —y los medios que habían empleado para defenderlos—. A principios del batistato, el montrealismo, es decir, la defensa de la insurrección por parte de los priístas, había condicionado tanto la estrategia como las acciones de la oposición. En gran medida debido a su fracaso, el período que siguió a 1954 situó al gobierno y a la oposición ante la oportunidad de dirimir sus diferencias políticamente. Pero el momento escondía otra posibilidad: el surgimiento de condiciones que singularizaran el moncadismo, la defensa de Castro y otros de la lucha armada como el único lenguaje que entendía el dictador. Prío regresó a Cuba en agosto de 1955, señal de que abandonaba sus tácticas insurreccionales. Días antes de su retorno, José Antonio Echevarría prometía darle la bienvenida sólo «si adopta la única postura que le cabe: pisar tierra cubana con el arma en la mano, dispuesto a rescatar por la violencia lo que por la violencia le fue arrebatado en nuestra patria». Casi al mismo tiempo, Castro se marchaba al exilio diciendo: «cerradas al pueblo todas las puertas para la lucha cívica, no queda más solución que la del 68 y la del 95». Las apuestas eran, pues, muy altas: el desafío consistía tanto en deponer al dictador como en que una nueva generación se incorporara a la escena política mayoritaria sin el uso de la fuerza. La política republicana no ofrecía ningún precedente en ninguno de los dos casos.

La restauración parcial de la Constitución de 1940 brindaba una salida electoral del batistato y un contexto que propiciaba el diálogo. El deseo del dictador de hacerse con las apariencias de un gobierno *de jure*, no importa cuán envilecido por el fraude electoral y con una constitución limitada, abría la caja de Pandora de los procedimientos democráticos. Tres opciones emergían —elecciones a medio plazo en 1956, elecciones generales de inmediato y una asamblea constituyente—, posibilidades que suscitaban un sinfín de temores y reacciones. Las opciones electorales comportaban el reestablecimiento de plenas garantías constitucionales y la celebración de un proceso electoral justo e imparcial. La exigencia de que Batista renunciara y entregara el poder a un gobierno provisional para hacer posible la celebración de unas elecciones honestas todavía no se encontraba en la agenda de la oposición, cosa que sí ocurriría después de 1956 reduciendo las posibilidades de una solución negociada. La mayoría opositora rechazaba la idea de celebrar elecciones a mitad del mandato en 1956 para los gobiernos municipales y la Cámara de Representantes, pues suponían el reconocimiento de las elecciones fraudulentas y de los plazos que establecía. La idea de una asamblea constituyente, defendida en diversos momentos por Márquez Sterling, Mañach, Pardo Llada y algunos voceros gubernamentales, brindaba una interesante alternativa que nunca llegó a fraguar. Algunos opositores opinaban que el Gobierno impondría una modificación a la constitución que permitiría la reelección de Batista como presidente en 1958; otros temían que las clases económicas consiguieran rescindir los artículos sobre justicia social en la Constitución de 1940. Las elecciones generales inmediatas pasaron a ser, pues, la demanda del diálogo cívico lanzado por la Sociedad de Amigos de la República (SAR), lo más cerca que estuvo nunca la oposición moderada de un frente cívico unido contra la dictadura de Batista.

Bajo la respetable dirección de Don Cosme de la Torriente, la SAR se propuso abrir un diálogo con el Gobierno. En junio de 1955, la agrupación publicó un documento que contenía algunas ideas simples: el golpe de Estado y las elecciones fraudulentas carecían de legitimidad, pero la amnistía política y la restauración parcial de la Constitución abrían nuevas posibilidades: resultaba imprescindible la concesión de plenas y efectivas garantías constitucionales para avanzar en el camino hacia la solución nacional. Con optimismo prudente, los firmantes expresaban su esperanza de que era posible un «civilizado entendimiento» si todos dejaban a un lado las «torpes actitudes de intolerancia». Rechazaban de manera rotunda la idea de que «la plena vigencia democrática» pudiera resultar de «los senderos de la violencia». La SAR pretendía mediar entre el Gobierno y la oposición: la organización no era un partido político, y era evidente que Don Cosme, con 83 años, no ambicionaba la presidencia. En cierto sentido, la organización hacía suyo el llamado que muchos opositores habían propuesto, incluyendo el ala de los ortodoxos encabezada por Márquez Sterling, después del golpe de Estado: primero era necesario crear un movimiento cívico, los enfrentamientos políticos debían quedar para después. Una vez disipado el ímpetu de la insurrección, la resistencia cívica

parecía ser la estrategia ideal para negociar las plenas garantías requeridas a fin de lograr unas elecciones libres y justas. El propio Don Cosme lo expuso de manera sucinta: «A Batista sólo se le puede vencer poniéndole frente a toda la opinión pública de Cuba».

Si la SAR y la oposición hubieran logrado movilizar con efectividad a la opinión pública a lo largo de 1955 y 1956, el diálogo cívico habría desembocado, sin duda alguna, en una transición pacífica. La mayoría de los observadores de la época percibieron que la ciudadanía cubana así lo prefería; pero estos sentimientos constituían un «malestar difuso» que, a toda luces, clamaba por una expresión organizada. El malestar por sí solo nunca ha puesto en peligro a ningún régimen. Pero la atmósfera política más relajada que siguió a la investidura de Batista en febrero de 1955 creó condiciones que propiciaban la creación de un movimiento de masas con fuerzas para ejercer presión en la sociedad. El regreso de Prío fue la primera señal de que existía esta posibilidad: aunque su regreso había sido anunciado y aplazado en diversas ocasiones, el depuesto presidente había aterrizado finalmente sin apenas avisar el 11 de agosto y había sido recibido por miles de habaneros en el aeropuerto de Rancho Boyeros. Si se tiene en cuenta la pasividad con que la ciudadanía había aceptado el golpe tres años y medio atrás, los vítores con que lo saludaron tenían más que ver con la defensa de un regreso a la normalidad institucional que con el apoyo al presidente de la cordialidad.

En el otoño, auténticos y ortodoxos organizaron reuniones pacíficas a todo lo largo de la isla. Según algunas versiones, las manifestaciones en Camagüey y Oriente movilizaron a cerca de 20.000 personas cada una. Los dos acontecimientos más notables sucedieron en La Habana: en octubre Prío presidió una asamblea de más de 50.000 personas en la calle de los Desamparados, y en noviembre Don Cosme y la SAR dirigieron una reunión de cerca de 100.000 ciudadanos en el Muelle de la Luz. A la manifestación de Prío asistieron únicamente sus seguidores auténticos y el Movimiento de la Nación, encabezado por Mañach; la SAR, por el contrario, movilizó prácticamente todo el espectro de la oposición. La «operación calle» y una «vigorosa acción de masas» se convirtieron en los nuevos objetivos. Los manifestantes estudiantiles de Santiago y La Habana reanudaron su marcha a finales de noviembre, obligando a cerrar las universidades y escuelas secundarias. El 10 de diciembre un joven ortodoxo fue muerto durante una manifestación en su ciudad natal, Ciego de Ávila, Camagüey, y su funeral, al que asistieron personas de toda la isla, se convirtió en una gigantesca expresión de protesta. La FEU hizo un llamamiento a los trabajadores y a todos los ciudadanos para realizar un paro el 14 de diciembre, que por lo visto fue todo un éxito a pesar de que no había contado con la aprobación de la CTC. La mayor manifestación fue la famosa huelga de 500.000 trabajadores azucareros a finales de año cuando la zafra se encontraba a punto de empezar. Resultaba evidente que la sociedad civil cubana había despertado.

En un inicio, Batista se negó a reunirse con Don Cosme, un desaire que solo consiguió atraer mayores simpatías hacia el venerable estadista. Algunos

voceros del régimen, como Anselmo Alliegro, Andrés Rivero Agüero y Vasconcelos, se negaban a reconocer la necesidad de una mediación, y afirmaban que lo que el pueblo necesitaba eran empleos y desarrollo económico, y que eso era lo que Batista estaba consiguiendo. Al mismo tiempo, otros insinuaban la posibilidad de un cambio, p.e., Jorge García Montes, quien observaba: «Estamos abiertos a toda solución digna del problema cubano, a toda solución que no signifique abandono de responsabilidades ni claudicación cobarde ante actitudes amenazantes». Alliegro y Guás Inclán sugerían que la oposición debía mostrar «calma y paciencia», implicando que cabía alguna forma de acuerdo. A principios de octubre corrieron rumores de que uno de los partidos oficiales, el Partido de Unión Radical (PUR), se encontraba al borde de una ruptura con el Gobierno, pero Santiago Álvarez y Amadeo López Castro, conocidos puristas, lo negaron. Raúl Lorenzo, un compañero de viaje de Batista, criticó al régimen por ser demasiado conservador y declaró que él no estaba ni con el Gobierno ni con la oposición. Al igual que las señales de que se estaba gestando un movimiento de masas, estas muestras de divergencias dentro de las filas gubernamentales dejaban entrever una situación incipiente que podría dar lugar a un acuerdo a partir de negociaciones.

Finalmente, el 28 de diciembre Batista se reunió con Don Cosme en una sesión de dos horas. El general no cedió ni un ápice en su negativa a convocar a elecciones inmediatas, pero accedió a reunirse nuevamente el 10 de enero. En esta ocasión, acordaron formar comisiones para airear algunos puntos de vista. Las maniobras dilatorias de Batista tuvieron el efecto deseado: el Gobierno cumplió rápidamente su promesa de crear una comisión mientras la oposición daba fe de la preocupación expresada por Mañach en junio de 1955:

Frente a la estrategia batistiana de unir lo disímil para ponerlo al servicio de un designio autoritario y castrense, las oposiciones se han empeñado en desunir lo semejante, como si no quisieran que prosperase su designio democrático y civil.

Las conversaciones prosiguieron, pero nada parecía avanzar. El 10 de marzo de 1956, al cumplirse el cuarto aniversario del golpe de Estado, Batista desechó las demandas de la oposición como «ridículas e imposibles de realizar». A finales del mes viajó a Daytona Beach donde había residido durante el mandato de Grau, y expresó su deseo de vivir allí una vez que se retirara en 1958. El comentario de doble filo consiguió disipar los temores de la oposición sobre una posible maniobra de Batista para conseguir su reelección, pero también confirmó su resistencia a la demanda fundamental de la SAR —la inmediata celebración de elecciones generales—. En julio Batista presentó una propuesta inapelable: no habría cambios en la constitución sobre el tema de la reelección, convocaría a elecciones parciales en 1957 y mantendría las elecciones generales, según lo programado, para noviembre de 1958. Para entonces ya había muerto el diálogo cívico, y los planes de una transición pacífica hacia la normalidad institucional fueron descartados.

El primer trimestre de 1956 constituyó un momento crucial para la transición que nunca tuvo lugar. Tras el ascenso súbito que la sociedad civil experimentó en los últimos meses de 1955, la resistencia cívica prácticamente desapareció. ¿Qué ocurrió? No poseo, en este momento, una respuesta satisfactoria. Ciertamente, el liderazgo constituyó un factor. Batista era la cabeza indiscutible de la coalición gubernamental pero no tenía contrapartida de igual peso en la oposición. De hecho, todos los grupos y muchos individuos competían con el afán de convertirse en cabeza de Gobierno: «Todos quieren que se vaya Batista; pero todos aspiran a sustituirlo y como una sustitución de todos simultáneamente es imposible, cada cual va por su lado sin la más remota posibilidad de coordinación». Tras el fraude electoral, emergieron súbitamente nuevos movimientos opositores, todos escindidos de los ortodoxos. Los ejemplos más notables fueron el Movimiento de la Nación de Mañach y el Movimiento de Liberación Radical de Amalio Fiallo. Cuando Márquez Sterling, Antonio Martínez Fraga y Héctor Pagés, conocidos como los ortodoxos libres, contemplaron con la idea de aceptar la convocatoria a elecciones parciales siempre y cuando se concedieran plenas garantías constitucionales, ortodoxos intransigentes los acusaron de confabularse para «convertir nuestra cruzada de adecentamiento público en un movimiento oportunista, dedicado a recoger las migajas del festín batistiano». En el contexto de la SAR, ortodoxos como Agramonte se mostraban reacios a alinearse con los auténticos: «Los ortodoxos no estamos dispuestos a compartir la tribuna con los malversadores y ladrones del PRC». Esta postura encajaba con la anterior justificación de Batista al golpe de Estado y su reticencia a entablar un diálogo con la oposición. Así lo demuestran sus reveladoras palabras en una reunión con jóvenes del PAP pocos días antes de la manifestación del Muelle de la Luz:

Estamos pensando si no hacemos daño al pueblo en no ser dictadores. Tenemos que mantener los músculos tensos para la acción con que salvar a la República del desenfreno y el abismo. Los que ahora hablan de desempleo, de miseria y de hambre, bien podrían devolverle al pueblo lo que al pueblo le robaron con descaro y con cinismo. Si fuéramos dictadores, no estaríamos permitiendo, de acuerdo con las inclinaciones de nuestro espíritu, que los que han hundido al pueblo en la miseria y en la ignominia, traten de sobornarlo levantando su voz para pedir reivindicaciones en nombre de ese propio pueblo.

De haber sobrevivido a su aldabonazo, quizás Chibás habría podido convertirse en el líder que le faltaba a ese movimiento cívico incipiente. Pero lo cierto fue que ningún individuo o grupo consiguió superar la tendencia a dividirse que caracterizaba a la oposición. En noviembre de 1955 el periodista Ichaso declaraba con agudeza:

Un país puede salvarse con un plan o sin ningún plan. Con cientos de planes se pierde irremisiblemente. Entre nosotros no habrá coordinación mientras no se

nos pase ese frenesí salvacionista que saca de quicio hasta a los más ponderados. Con tantos movimientos, ¿hacia dónde nos moveremos?

Con anterioridad, Ichaso había precisado lúcidamente el problema:

Mientras no surja un líder que se produzca de forma clara y distinta y que por la concreción y el poder de sus ideas logre aglutinar los criterios y las voluntades discrepantes, será muy difícil llegar a ese puerto de la solución nacional.

El diálogo cívico no engendró líder semejante. Cuando Batista accedió a reunirse con Don Cosme y propuso la creación de comisiones representativas, la oposición dirigió toda su atención a estas actividades elitistas y se olvidó por completo de la operación calle. Un líder con visión de futuro —un Luis Muñoz Marín cubano, por ejemplo— se habría ocupado también del movimiento cívico y habría avanzado en ambas direcciones. No puedo menos que preguntarme qué habría sucedido si la conspiración de los puros (más de 40 oficiales y 20 soldados rasos) encabezada por el coronel Ramón Barquín, hubiera tenido lugar en abril de 1956, como de hecho ocurrió, pero acompañada de una situación nacional similar a la que había existido en los meses de noviembre y diciembre de 1955.

Si el movimiento de resistencia cívica hubiera mantenido ese ritmo, el malestar difuso, sobre todo entre los jóvenes, podría haberse canalizado hacia la reforma. José Antonio Echevarría y la FEU habían participado en la asamblea de la SAR de noviembre. Con anterioridad, Fructuoso Rodríguez, dirigente también de la FEU, había criticado duramente el contexto que propiciaba el diálogo cívico:

En Cuba se está escenificando una gigantesca comedia de garantías. Mientras nosotros somos perseguidos y detenidos a cada paso, insurreccionalistas arrepentidos negocian su acomodo en Cuba con los cancerberos del marxismo. Hay garantías para ciertos opositores «de altura», pero no para los hijos del pueblo y del Alma Mater, erguidos patrióticamente contra un régimen de fuerza.

Atraer e incorporar a los polos a ambos lados de la contienda política constituye un de los factores más importantes en una transición pacífica. Un movimiento de masas, como el de Poder Popular desarrollado en Filipinas en 1986 o el de la oposición venezolana contra Pérez Jiménez en 1958, podría haberlo conseguido en Cuba a principios de 1956. Probablemente los fidelistas no hubieran cedido su posición elegante ni pacíficamente: ya se habían ganado la aceptación de la opinión pública, sobre todo de los jóvenes, y los gritos de ¡Revolución! ¡Revolución! se escuchaban en todas las esquinas. Pero Fidel Castro se encontraba aún en el exilio y todavía no había surgido el Ejército Rebelde. Mañach resumió de manera concisa lo que creía era el deber tanto de la oposición moderada como del Gobierno:

Ese idealismo revolucionario, que ya es parte de una tradición, tendrá mucho de vocación inevitable mientras los grandes problemas de la nación estén por resolver. Sólo podrá calmarlo y encauzarlo fecundamente una política «adulta» que, efectivamente, le abra a Cuba perspectivas de servicio digno en las altas esferas. Entre tanto, tiene solo la fuerza de un elemento emocional. A los líderes más decisivos, tanto de la oposición como del Gobierno, les corresponde actuar de tal modo que ese rescoldo juvenil no se convierta en llamarada.

En abril de 1956 dos acontecimientos asestaron un golpe mortal al frágil diálogo. Barquín y sus aliados conspiradores revelaron peligrosamente las fisuras que existían en la propia médula del régimen —el sector militar; y a la frustrada revuelta le siguió una reorganización de las fuerzas armadas. En Matanzas, un grupo de auténticos priístas atacó el Cuartel Goicurúa; a Prío lo pusieron bajo custodia policial y poco después lo subieron en un avión rumbo a Miami. Batista impuso la censura en los medios de prensa y suspendió las garantías constitucionales por un período de cuarenta y cinco días. En junio, el SIM descubrió algunos complots, se apoderó de armas y arrestó a un gran número de sospechosos. De manera que cuando Batista presentó su propuesta inapelable, ya no contaba con un interlocutor. En noviembre de 1955, ante una asamblea de 800 exiliados cubanos en el Auditorio de Palm Garden de Nueva York, Castro había subrayado de manera sucinta el abismo que existía entre la nueva generación y la oposición mayoritaria:

A tal extremo de hipocresía moral se ha llegado en cuanto se habla y escribe en Cuba, que tal parece que para algunos ser aspirante a un cargo, cualquiera que sea su precio de sumisión, es una virtud, y ser revolucionario dispuesto a redimirse por un ideal sin aspirar a nada, un crimen. Política de avestruz que se niega a palpar la realidad. ¡Muy grande va a ser la sorpresa para todos! Los partidos de oposición que la respaldan [SAR] han llegado a su momento más crítico. ¿Qué harán ante la tajante negativa del régimen? Es preciso repetir las palabras de Martí: «Ya no hay espacio en las mejillas de los pedigüenos para las bofetadas. ¿Cuándo se ha levantado una nación con limosneros de derechos? El miedo no ha resuelto una situación que sólo podía resolver el valor». Nosotros somos hoy en Cuba los únicos que sabemos a dónde vamos y no dependemos de la última palabra del Dictador.

El 8 de diciembre de 1956 Don Cosme murió. Una semana antes, los fidelistas habían retornado con toda su fuerza: el 30 de noviembre los santiagueros se habían levantado en una insurrección armada, y dos días después el Granma había desembarcado (más bien naufragado) en la costa sur de Oriente. La violencia había crecido vertiginosamente a partir de octubre, después del asesinato de dos de los secuaces de Batista, Blanco Rico y Rafael Salas Cañizares. El año culminó con las tristemente conocidas Pascuas Sangrientas, en las que diecinueve hombres (todos conocidos opositores) fueron asesinados a tiros y dos ahorcados, y sus cuerpos fueron abandonados para que se

podrían en una carretera que atravesaba un campo situado al norte de Oriente. Los dos años que siguieron ya no brindarían otra oportunidad a una salida pacífica de la dictadura de Batista similar a la que se había desperdiciado en 1955 y principios de 1956.

III. EL MALESTAR DIFUSO COMO CALDO DE CULTIVO PARA EL RADICALISMO: CONCLUSIONES

«Cuba reclama dos medidas insoslayables: el respeto absoluto a las instituciones democráticas y honradez en los funcionarios públicos», declaraba Guido García Inclán en su popular programa de radio *¡Arriba Corazones!* en octubre de 1955, siguiendo el clamor a favor de un movimiento ciudadano contra Batista. Si bien estas exigencias de quintaesencia reformista fueron respaldadas incluso por el *Diario de la Marina*, también portaban un llamamiento paralelo y más radical a favor de un profundo cambio económico que horrorizaba a las clases económicas y a los elementos más conservadores de la sociedad cubana. Después de todo, la isla había sufrido ya una revolución en los años treinta que había generado un estado de seguridad social y un acuerdo con la clase trabajadora que el capital consideraba se encontraba mucho más allá de las posibilidades económicas del país. Tanto los auténticos, como los ortodoxos y los nuevos movimientos de los años cincuenta apoyaban las conquistas sociales de la década anterior; y hasta el batistato, que condujo una tentativa de reestructuración del capitalismo cubano durante los cincuenta, tuvo que hacer algo más que defender estas conquistas de palabra solamente. El desarrollo de estos avances no suponía necesariamente el desmantelamiento del capitalismo en aquel momento, pero a partir de 1959 sí lo trajo consigo. Involuntariamente, claro está, tanto Batista como la oposición mayoritaria derrocharon algo más que una transición pacífica hacia la normalidad institucional a mediados de los cincuenta. Al abrir el camino para que triunfara la lucha armada, dieron también rienda suelta a las fuerzas que más tarde optaron por continuar estas reformas fuera de los confines del capitalismo.

El malestar difuso de los cincuenta criticaba la situación política y económica vigente con gran indignación moral. Amalio Fiallo, presidente del Movimiento de Liberación Radical, expuso su diagnóstico sobre la situación cubana, opinión que compartía la mayoría de la oposición:

El MLR es una respuesta histórica a las inquietudes del momento cubano. Se encara al presente que ha estrangulado la libertad y también al pasado que debilitó el sentido moral de la autoridad. Se enfrenta resueltamente a los factores que han retardado la integración plena de nuestra nacionalidad: la desmoralización, la desorientación ideológica, la incultura, la imprevisión económica, la ingerencia extranjera, el abandono rural, el peculado, el militarismo, la discriminación y la corrupción política. El MLR es un instrumento de lucha al servicio de la recuperación moral de Cuba, de la dignidad de la persona humana, basada en la primacía de sus valores espirituales. Está al servicio de los campesinos sin tierra, de los trabajadores desplazados, de las juventudes sin oportunidad de

trabajo ni de cultura, de los hombres y mujeres discriminados, de los ciudadanos atropellados por la usurpación. De cuantos quieran emprender, desde la raíz, la liberación de la patria.

El jefe de la sección de profesionales del MLR, Heliodoro Martínez Junco, fue más agresivo, pero se mantuvo dentro del consenso del movimiento contra Batista:

El actual ordenamiento capitalista ha conducido a incontables abusos y explotaciones, concentrando todos los bienes en pocas manos, provocando la absorción del hombre por la máquina y la empresa, impidiendo el acceso del mayor número a la propiedad y ahondando los antagonismos de clases. Estos males han sido agravados entre nosotros por la ausencia de una orientación correcta en lo económico, el sometimiento a los grandes intereses extranjeros, el abandono de las zonas rurales, el régimen de monopolios, el latifundismo azucarero y la falta de desarrollo de fuentes de riqueza y trabajo. Por eso el MLR sostiene que urge no sólo propiciar el mejoramiento de las condiciones en que actualmente se desenvuelve la vida nacional, sino provocar un nuevo ordenamiento económico-social en que los derechos de cada cubano reciban el más pleno reconocimiento.

Las palabras de Fidel Castro en el Palm Garden de Nueva York sonaban casi inocuas en comparación:

El pueblo cubano desea algo más que un simple cambio de mandos. Cuba ansía un cambio radical en todos los campos de la vida pública y social. Hay que darle al pueblo algo más que libertad y democracia en términos abstractos; hay que proporcionarle una existencia decorosa a cada cubano.

Pero no fue la economía lo que definió el radicalismo de la oposición, sino la cultura y la política. La indignación moral determinó más la intransigencia de la oposición —tanto durante el período de 1955-1956 como después— que las prescripciones sobre cambios socioeconómicos. Un sentimiento de frustración con respecto a la república, e incluso un sentido de traición, habían permeado a los antibatistianos mucho antes de que los fidelistas se impusieran. Mañach resumió elocuentemente lo que, una vez más, eran sentimientos compartidos por la amplia mayoría:

No rebasaremos nosotros la crisis de Cuba con sólo ir resolviendo bien que mal pequeños problemas de gobierno, de hacer y tener. No se trata sólo de subsistir, sino de ser con conciencia moral, una nueva carga de ideales. Con esa alma nueva podremos emprender después la tarea de mejorarle a la República su cuerpo, es decir, su economía, su organización social y política, sus instituciones visibles. De esas dos cosas, del alma solidaria y el cuerpo sólido, se hará por fin la Nación verdadera.

Como bandera para el futuro, José Antonio Echevarría evocaba la memoria de aquellos que habían luchado en los veinte y los treinta:

Tenemos un mensaje para la juventud y para el pueblo de Cuba en general. No es un mensaje partidista, sino una exhortación cívica, cuyo deber nos viene de los grandes mártires y guías del estudiantado y de la nación: Julio Antonio Mella, Rafael Trejo, Antonio Guiterras, Eddy Chibás, Ramiro Valdés Daussá; de la reforma universitaria del año 1923, cuando la Universidad Popular José Martí unió a estudiantes y trabajadores en la gestación de una Cuba mejor. En nombre de ese glorioso pasado hablamos para el porvenir.

El historial de los auténticos junto al golpe de estado de Batista justificaban la exasperación de la oposición, pero también lo hacían la historia republicana. Ser una nación joven con aspiraciones de grandeza que se había visto asediada una y otra vez por la interferencia norteamericana y el deficiente comportamiento de los políticos no contribuyó al diseño de una estrategia política efectiva contra Batista. A mediados de los cincuenta la restitución de la normalidad institucional habría sido difícil aun si el Gobierno y la oposición hubieran participado plenamente en lo que inevitablemente habrían sido unas negociaciones laboriosas y complejas; pero hacerlo con dignidad, mientras honraban la memoria de los mártires cubanos y mantenían a los malversadores del partido auténtico a cierta distancia levantó barreras infranqueables.

La línea de independencia política trazada por Chibás y defendida dogmáticamente por muchos ortodoxos impidió la formación de un frente unido durante los meses que sucedieron al golpe de estado. Esta tarea había constituido para los ortodoxos el momento de la verdad, como para los auténticos lo hubiera sido la renovación de las esperanzas de 1933 cuando asumieron el poder en 1944. Ninguno de los dos partidos logró estar a la altura de la ocasión. Sin embargo, la oposición se encontraba tan fragmentada precisamente debido a que cada grupo se consideraba a sí mismo como el elegido para llevar a Cuba a su salvación, misión determinada por el compartido sentido de insuficiencia nacional. En el punto culminante del esfuerzo emprendido por la SAR, la manifestación del Muelle de la Luz, Fiallo involuntariamente señaló una debilidad crucial de la oposición:

Esta no es una lucha entre la oposición democrática y el gobierno. Esta es una lucha entre la República democrática y la colonia. No puede haber otra solución que la que restaure la dignidad ultrajada del pueblo de Cuba. Cuando el pueblo es protagonista, no puede haber componendas. ¡Traidor será quien hable de elecciones parciales! ¡El referéndum está aquí y se extiende desde Oriente hasta Pinar del Río!

La intransigencia hacia un régimen que tenía todas las cartas en la mano y ofrecía las elecciones parciales podría haber sido coherente con un sentimiento de indignación moral, pero dejaba a la oposición indefensa ante el

inevitable toma y daca de la política, pues ¿dónde se hallaba la verdadera fuerza para respaldar dicha intransigencia? ¿Cómo podría la oposición movilizar los recursos que obligaran a Batista a convocar elecciones inmediatas, libres y justas? Si la oposición moderada rehuía el compromiso de las elecciones parciales, el único camino que le quedaba era plantearse una estrategia de resistencia pacífica. Los aires políticos, sin embargo, nunca consiguieron convertir las chispas del movimiento cívico en un fuego que atravesara las llanuras cubanas; la oposición moderada nunca logró obligar a Batista a enfrentarse a la fuerza de una opinión pública realmente movilizada a favor de elecciones generales inmediatas. Días después de la reunión de la SAR, Juan Manuel Márquez, uno de los lugartenientes de Castro en aquel entonces, ridiculizó a la oposición en el Teatro Flagler de Miami por seguir «la vida inútil del autonomismo; los esfuerzos de Giberga, Montoro y Varona fueron infructuosos; la razón la tenía José Martí». Ichaso resumió el dilema de la siguiente forma: «O la guerra con todas sus consecuencias o la política con todos sus altibajos». Los fidelistas lograron asumir con éxito el primer camino; la oposición fracasó con el segundo.

Debajo del malestar difuso existía un trasfondo de intolerancia. En 1955 Márquez Sterling y Mañach se enzarzaron en una fuerte polémica sobre la ruptura de este último con los ortodoxos para fundar el Movimiento de la Nación. Aunque se intercambiaron fuertes palabras, ambos deploraron la «verborrea de medios populacheros y encendidos» que impedían el debate público. Otro debate, esta vez entre el viejo liberal Orestes Ferrara y Pardo Llada en *Ante la prensa* fue notorio por el contraste que se percibió entre ambos interlocutores: Ferrara se veía comedido y abordaba los temas candentes, mientras Pardo Llada recurría a acusaciones sin tocar las cuestiones más importantes. Asimismo, la discusión sobre la legalidad de las elecciones parciales que tuvo lugar entre Manuel Antonio de Varona y Márquez Sterling marcó un notable contraste con las «arengas radiales saturadas de impropiedades».

En octubre de 1955 un grupo de estudiantes bombardeó a Márquez Sterling con piedras, huevos y vegetales por sugerir en *Ante la prensa* que las elecciones parciales con plenas garantías constitucionales podrían ser un compromiso aceptable. El incidente llevó a Hermino Portell Vilá a preguntarse: «¿Y es ésto lo que nos espera después de Batista? ¿Esa es la manera de respetar el 'otro' punto de vista que tienen los que protestan de que los suyos no sean respetados?». La cortesía no es el punto central, por más que sea deplorable carecer de ella. Se trataba más bien de la atmósfera cargada en la que se desarrollaba el debate sobre la situación nacional. Sencillamente no podía conducir a la moderación, la negociación y el compromiso.

Los líderes de la oposición le temían a las acusaciones de vendidos, cobardes o blandos con Batista. El periodista Ichaso describió sucintamente el problema:

Hay un regateo para ver quién resulta más agresivo, más intransigente. Mientras este frenesí no se aplaque será muy difícil ponerse de acuerdo en torno a fórmulas viables de solución nacional. Vivimos en un momento en que los líderes

creen que toda actitud transigente les quita prestigio y no hay en la oposición ninguno que se atreva a discutir ni mucho menos a desautorizar públicamente la línea insurreccional de los jóvenes.

Otro periodista, Carlos Lechuga, hizo comentarios similares alrededor de «la política utópica en que insisten muchos opositores, porque no se atreven a dar el paso de una táctica radical a una menos gloriosa». En un manifiesto escrito a todas luces por el sensato y moderado Mañach, el Movimiento de la Nación no descartaba ninguna de las tácticas de moda en aquel momento, y le recordaba a los lectores que Cuba había ganado su independencia gracias al heroísmo de miles de cubanos; si la patria se viera una vez más «amenazada de nueva e indefinida servidumbre, sólo el heroísmo podrá salvarla». En agosto de 1955 Márquez Sterling, alarmado porque el presidente del partido ortodoxo, Raúl Chibás, se negaba a declarar inequívocamente que su partido solo se adhería al camino pacífico, declaró: «La bazuca y el diálogo cívico no pueden marchar juntos». Las palabras de Ichaso ofrecen una sagaz descripción del ambiente político que existía en Cuba a mediados de los cincuenta:

Nada es comparable con la hiperestesia de lo actual. Y cuando hablamos de lo actual nos remontamos casi hasta el 33. la caída de Machado soltó todas las válvulas. Hace tiempo ya que vivimos bajo el régimen del grito pelado. Así no hay modo de entenderse. Mientras más gritan las gargantas más callan las ideas. Es indispensable la buena fe mutua.

Una atmósfera de confianza resulta esencial para la democracia. En Cuba esa confianza se había perdido durante los gobiernos de Grau y Prío, o al menos, así lo percibían muchos ciudadanos. Chibás y los ortodoxos se enfrascaron en una guerra santa contra los auténticos y pretendían hacerse con el poder a partir de una plataforma de redención nacional. ¿Habrían sucumbido los ortodoxos a los altibajos de la política, independientemente del resultado del 1º de junio de 1952? Jamás lo sabremos con certeza, pero sí sabemos que la medida de buena fe requerida para dirigir una sociedad política y democrática ya estaba gravemente resquebrajada antes de que Batista usurpara la Constitución. El batistato agravó las frustraciones de los años cuarenta y el sentido de insuficiencia profundamente arraigado en la nación. Si bien resultaban, ya en esa época, hasta cierto punto inaceptables, las palabras de Castro en la sala Flagler de Miami en noviembre de 1955, tras la manifestación de la SAR reflejaban puntos de vista que emanaban naturalmente del mar de desconfianza y futilidad que ahogaba a Cuba:

Aquí están los que no le tienen miedo a las bayonetas. Lo juro aquí: en Cuba quedan ellos o quedamos nosotros. Reuniremos a nuestros compatriotas detrás de una idea de dignidad plena para el pueblo de Cuba y de justicia para los hambrientos y olvidados y de castigo para los grandes culpables. Queremos restablecer la patria digna. Con ladrones no puede redimirse la República.

Con el pretexto de movilizar a la opinión pública no se puede exonerar de culpa a los grandes malversadores que quieren ahora bañarse en el Jordán del antibatistianismo. Los malversadores no tienen opinión pública. Los politiqueros serán castigados e inhabilitados durante largos años para el ejercicio del sufragio activo y pasivo.

Dos semanas después, Miguel Hernández Bauzá, líder del Senado por el partido auténtico bajo el gobierno de Grau y que continuaba siendo grausista, escribió un artículo titulado «La patria no es de Fidel», en el que alertaba sobre un intransigente «calvinismo político»: «Fidel parece dispuesto a afianzar su revolución en la fuerza de una moral tri-distilada que lo tendría a él y solo a él, claro está, como único santón dispensador de mercedes cívicas, morales y espirituales». La mayoría de los opositores probablemente compartieran estas advertencias de los peligros del salvacionismo de Castro; pero muchos se percibían a sí mismos como los salvadores de Cuba —como el venerado Chibás se consideró en su momento— y no consiguieron encontrar, a mediados de la década del cincuenta, las vías políticas que hubieran podido encauzar a la nueva generación dentro de los vaivenes de una restaurada normalidad institucional.

Las transiciones pacíficas hacia la democracia nunca son sencillas. Las condiciones estructurales, los legados históricos, los contornos de las figuras en el poder y sus opositores, así como todo el conjunto humano interactúan de manera enrevesada. En el presente ensayo he trazado un análisis de una coyuntura prácticamente olvidada dentro del batistato: desde los meses que sucedieron a las elecciones fraudulentas de 1954 hasta finales de 1956, cuando una situación revolucionaria, que se aceleró vertiginosamente, terminó por robarle el escenario a una posible transición pacífica hacia la democracia constitucional. El centro de mi atención se ha dirigido sobre todo a la oposición moderada (las supuestas víctimas de una lucha que acabó decidiéndose entre batistianos y fidelistas) pero sus miembros, en su mayoría hombres, muchos de ellos personas verdaderamente decentes que habrían servido bien a Cuba si el batistato hubiera terminado a su favor, fueron víctimas en gran medida de sus propias trampas culturales y políticas. Su historia tendrá que ser rescatada de la teleología de la historiografía cubana. Tal y como sucedió con los trabajadores, las mujeres y las minorías étnicas, que alguna vez se vieron marginados por la historia pero que a lo largo de las dos últimas décadas han recuperado el lugar que les corresponde ante los historiadores sociales, la clase media cubana y sus aspiraciones reformistas y democráticas requieren hoy de una atención similar en el campo de los estudios cubanos.

El esbozo trazado no está acabado: la interacción implica contrapartida y el régimen de Batista y los fidelistas fueron las dos principales contrapartidas de la oposición moderada. Si bien han estado presentes en este ensayo, la dinámica de la propia dictadura y el proceso de fortalecimiento de los fidelistas precisan de trazos más detallados y completos para conseguir una imagen más rica de la transición que no tuvo lugar. Fulgencio Batista y Fidel Castro

terminaron siendo cómplices a la hora de determinar la solución nacional; y fue así porque ni Batista ni las fuerzas opositoras llegaron a comprender ni aprovechar las posibilidades políticas que les ofreció el período de 1954-1956.

El análisis de escenarios posibles que nunca se materializaron —la «historia virtual»— pueden ser un ejercicio intelectual de gran utilidad si se maneja con prudencia. Aunque basado en hechos, el presente ensayo parte también de imaginarnos lo que parecía posible y nunca ocurrió. Penetrar en los estratos de las posibilidades políticas de una encrucijada particular en cualquier escenario histórico sirve para ampliar nuestra comprensión de la historia real que sucedió y que, en este caso, supone un resultado de gran envergadura para historiadores y científicos sociales: la revolución cubana. Para los estudios cubanos, la tarea es doblemente necesaria por cuanto el campo comienza a despojarse de la linearidad y el aire de inevitabilidad que a menudo han acompañado al análisis de la Cuba del siglo xx. Una vez que lo hayamos conseguido, habremos al menos alcanzado una normalidad historiográfica.



El loquito

Nuez